

# SOLEDADES RIOPLATENSES

por

ARTURO SERGIO VISCA

Cuando se afirma, como creo que ya se ha hecho, que el Uruguay es un territorio geográficamente delimitado donde conviven casi dos millones de soledades, se expresa, aunque exagerada, una verdad que no debemos dejar pasar inadvertida. Muchos rasgos de la vida nacional se gravan, efectivamente, con ese lastre de insobornable soledad interior que, quizás como herencia española, parece constituir el último substrato del alma del criollo. El tango, expresión genuina, aunque casi siempre pérfida, del alma popular rioplatense, es ejemplo incontrovertible de esto. Lo sentimos no sólo a través del plebeyismo de sus letras (que soportan casi siempre airoosamente el conocido calificativo de "lamentos de cornudo"), sino en su música misma, la cual, aun contra nuestra propia voluntad, suele ejercer sobre nosotros una mortalizadora sugestión ensimismamente. Y el tango ensimisma porque él mismo es un producto de hombres ensimismados. El tango es expresión de una vida que se hunde casi vegetativamente en los recovecos de la propia interioridad, obturando la gozosa visión de la realidad exterior e impidiendo el trasvase de la propia intimidad a la ajena y viceversa. Es por esta actitud que se da con inusitada frecuencia en el rioplatense, que casi no poseemos espectáculos que religuen en un único fervor a toda una multitud. Esto no lo logra ni el espectáculo popular por excelencia entre nosotros: el fútbol. La multitud que asiste a un partido de fútbol es un gran animal de por lo menos dos cabezas: cada una de ellos representa a la hinchada de los cuadros respectivos. Terceras y cuartas, suelen ser las de los contrahinchas y la del juez. Y aún sería posible señalar algunas otras. La multitud no está fundida en un solo fervor, porque cada espectador tiene presente, más o menos simbólicamente, ante sí, al "otro", al enemigo. Tampoco el cine, que en nuestro país, como en todas partes, goza del vasto favor del público, consigue identificar a una colectividad en un solo fervor, sino que allí la ausencia de fervor nadi-

fica a una multitud. El público del cine no constituye un ser espiritual colectivo, sino un conjunto de seres atomizados y reducidos, por el opio adormecedor de las imágenes, a un estado de sueño en vigilia. Y si quiere aumentar esta somera congregación de ejemplos, podemos recordar esa expresión típica de nuestra vida nacional que es, o fué, la "payada". En este cantar en competencia, el diálogo de las dos voces no busca fundirse finalmente en una sola, sino que, por lo contrario, cada una de ellas pretende la aniquilación de la otra. Se trata aquí de hacer "*gemir las cuerdas hasta que las velas no ardan*", procurando dejar al rival sin asunto, venciendo, para levantar, sobre esa ruina, la propia solitaria individualidad triunfante.

Creo innecesario acumular más ejemplos, aunque sería fácil hacerlo, de esta actitud ante la propia y la ajena vida, corriente en el rioplatense, y que constituye una verdadera vocación de soledad interior. De soledad buscada y querida para gozar con ella a veces no voluptuosa sino amargamente, pero gustada por nosotros casi siempre como un secreto placer. No es necesario más para afirmar que el criollo es un solitario por naturaleza. Pero afirmarlo es enunciar de él un rasgo genérico que dice todavía muy poco. El beduino es, seguramente, también un solitario. Existen categorías afectivas análogas a las intelectuales kantianas, y esas categorías son universales. El sentimiento de la soledad interior es una de ellas. Es necesario dibujar sobre el fondo aparentemente uniforme de este universal afectivo, unas facciones que muestren los rasgos que distinguen nuestra soledad, la rioplatense, de otras soledades.

\*  
\*  
\*

Ahora bien: la soledad, la verdadera soledad, la soledad interior, que nada tiene que ver con el aislamiento físico ocasionado por la fortuita ausencia de otros seres humanos, es la consecuencia del esfuerzo voluntario o de la indeliberada inclinación que impulsan al alma a interiorizarse en sí misma. La soledad interior se da cuando una vida ha quedado absorta en su propia sustancia. Pero ni aun en el máximo ensimismamiento puede quedar una vida en desamparo total ni destruir los vínculos que la unen al mundo. Por esto, cuando la soledad interior no constituye una expresión morbosa de la vida no excluye el religamiento cordial con

los seres y las cosas. Por lo contrario: es desde la más pura soledad interior que se alcanza el más armonioso, y quizás el más limpio, religamiento con ellos. A través de ese movimiento del alma hacia su interior que concluye con el ensimismamiento, se ha ido operando una precisa delimitación, en zonas de nítidos límites diferenciales, del "yo", por una parte, y del "tu" del mundo por otra. Y ese "tu" se presenta como una plenitud deslumbrante por lo precisa. La soledad interior ha liberado a la realidad de su peso fáctico. Es posible, ahora, verla desde esa pura actitud contemplativa que permite apresarla en su esencia. El diálogo entre el "yo" y el "tu" se hace enriquecedor para ambos. La vivencia de la plenitud del "yo" que se ha alcanzado es solidaria con la vivencia de la plenitud de "lo otro" que constituye el mundo, y que, en esta soledad, enfrenta al "yo". La conciencia no es una luz helada que se ilumine a sí misma, sino una luz activa que al iluminarse a sí misma ilumina al mundo, como en un juego de reflejos de dos espejos enfrentados. Pero la vivencia de la soledad interior puede adquirir un carácter morboso. Y lo adquiere, cuando ya no es esa actitud que permite una pura contemplación de lo real, sino que, tomando un sentido inverso, se convierte en fuga ante la realidad. Fuga que comienza como intento de eludir la realidad exterior y termina por hacerse inconsciente esfuerzo por destruirse a sí mismo. Es esta la soledad del hombre que, por una u otra razón, carece del valor para mirar con ojos limpios y serenos la vida. Y entonces, así como el avestruz hunde la cabeza en las arenas del desierto creyendo invisibilizarse y eludir el peligro, este solitario trata de hacer de su propio yo, en el que se ensimisma, un recinto protector de la invasión dolorosa del mundo exterior. Vana pretensión, porque la soledad total es imposible y la realidad, ahora alevosamente, irrumpe en su soledad. El irrumpe con todo su peso fáctico y vista a través de una visión deformada y deformadora. Por un lado, la realidad cerca y agobia a este solitario; por otro, la realidad que él ve es vista no en su esencia sino deformada por el esfuerzo para adecuarla a su propia subjetividad. La realidad se venga entonces sutilmente de quien quiso eludirla y se torna en una fuerza anonadante. Ante la imposibilidad de aniquilar el mundo, este solitario termina queriendo aniquilarse a sí mismo. Ha querido encerrarse como un

molusco en su concha, pero como no es un molusco esa caparazón de su soledad termina por ahogarlo.

\*  
\* \*

Pues bien: esta soledad anonadante y evasiva es la característicamente rioplatense. No afirmo con ésto la inexistencia de otras soledades; no afirmo tampoco que no sea capaz el rioplatense, por un esfuerzo lúcido de la voluntad y de la inteligencia, de variar el sentido de esta soledad. Pero es esta forma de soledad la que, como un fondo gris, colorea muchos aspectos de nuestra vida. Y si en un momento de áspera introspección cualquiera de nosotros alcanza el último fondo de su sinceridad descubrirá, quizás con desconcielo, cuantos momentos de su vida sufrieron el peso muerto de una soledad así vivida, que lleva fácilmente a afirmar, según canta la letra de nuestro tango, que "*el mundo es y será una porquería*", proyectando sobre el mundo la propia sensación interior. Cuando el gaicho Martín Fierro nos advierte que, como el ave solitaria, el hombre desvelado por una pena excepcional, puede consolarse cantando, nos da la punta del hilo que conduce a esta forma de soledad. Por cierto que es posible afirmar, metafóricamente, que la actitud corriente en el rioplatense ante la adversidad es descolgar la "*vigüela*", encerrarse en sí mismo y cantar. Y cuando el canto se le agota, reaccionar contra el mundo y luego contra sí mismo. De aquí que esta forma alevosa de la soledad se me aparezca como una degeneración de la soledad interior de nuestro antepasado el gaicho. En él la soledad interior se fundía con su tremenda soberbia (que lo llevaba a *encubrir* y *disimular estudiantemente sus defectos*). Era, quizás, entre otras causas, consecuencia de "*esos arranques de altivez, inmoderados hasta el crimen*", en él habituales. Pero en el gaicho esa soberbia de primitivo y su arisca soledad interior, que se hacía una misma cosa con su soberbia, encuentran su fácil explicación en el medio geográfico en que vivía y en su propia situación social. Viviendo en medio de las tremendas soledades del campo, fácilmente siente que para él "*toda la tierra es cancha*" y ensancha su soledad hasta hacerla del tamaño de la tierra. La dureza de una vida que lo convierte en un ser casi al margen de la sociedad, lo obligan a refugiarse en esa altivez solitaria que es su último recinto. Nuestra soledad in-

terior es también, como en el gaicho, una forma de altivez arisca y desdenosa. Pero, como he dicho, es una forma degenerada de aquella soledad, porque las causas que las determinan son otras. De entre ellas la primera es el sentimiento, del cual a veces tomamos conciencia y otras no, pero que es casi constante en nosotros, de que vivimos desubicados ante nuestro contorno social y cultural. Ese contorno no satisface nuestros más íntimos movimientos interiores. Como colectividad hemos asimilado lo externo de las formas civilizadas de la vida y la cultura. Pero la mayor parte de las formas de nuestra vida no son una consecuencia de una maduración producida desde dentro, sino algo impuesto desde fuera. Y el ritmo de maduración interior y exterior no ha sido el mismo. Mucho más lento ha sido el primero que el segundo. De ahí que en nuestro perfil espiritual se muestren muchas veces, confundidos y sin armonizarse, los rasgos del primitivo y los del civilizado. (Piénsese entre otras cosas lo que es el patoterismo entre nosotros). En esta situación no sabemos por cual camino optar para satisfacer nuestra vida íntima. Nos tienta tanto el más versallesco refinamiento como la imagen rústica de la vida más agreste y natural. En esta perplejidad huimos de nuestra realidad, tomando el camino de esa soledad de evasión, que puede inaugurarse como una forma de soledad contemplativa y terminar en la arisca soledad del primitivo. Por eso lo específicamente característico de esta soledad de evasión, o desligante, en el rioplatense, es que se manifiesta como una consecuencia de una esencial impotencia creadora. Como la culminación de la impotencia del rioplatense para crear las formas auténticas de nuestra vida, individual y colectiva.

\*  
\* \*

Hay, en el Río de la Plata, un tipo humano en el que se da prototípicamente la vivencia de esta soledad de evasión o desligante. Es el que llamamos el desarraigado. Juan Carlos Onetti lo ha dado acabadamente en su obra narrativa. Y en forma de depurada condensación en "*El pozo*". El Eladio Linacero que en ese pequeño libro nos hace sus "*extraordinarias confesiones*", como él mismo, con un dejo amargo e irónico, las califica, es un representante ejemplar de esta soledad característicamente rioplatense. La desubicación de Eladio Linacero ante su contorno vital es tan gran-



de, que su vida — su vida como interioridad, su vida íntima — no es más que una sucesión de fracasos. Fracaso en el amor, fracaso en la amistad, fracaso hasta en los intentos de la más elemental comunicación humana. Y estos fracasos no son consecuencia de impotencia afectiva, sino de la imposibilidad de dar un sentido afirmativo a su vida, de su impotencia para religarse cordialmente a las personas y a su contorno vital. Después de afirmar que “*el amor es algo demasiado maravilloso*”, escribe, acerca de la mujer que le ha hecho decir esa frase: “*Nunca pude dormirme antes que ella. Dejé el libro y me puse a acariciarla con un género de caricia monótona que apresura el sueño. Siempre tuve miedo de dormir antes que ella, sin saber la causa. Aun adorándola era como dar la espalda a un enemigo*”. Y en otro lugar escribe significativamente: “*Si uno fuera una hermosa rubia, acaso comprendiera a Hitler. Hay posibilidades para una fe en Alemania; existe un antiguo pasado y un futuro, cualquiera que sea. Si uno fuera un voluntarioso imbécil se dejaría ganar sin esfuerzos por la nueva mística germana. ¿Pero aquí? Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos*”. Y entonces Eladio Linacero, hombre sin pasado ni futuro, pero asediado por una realidad con la cual no puede establecer contactos normales, se refugia en sí mismo y en una serie de ensueños o imaginaciones que lo desplazan de la realidad dolorosa. Y por esto quisiera escribir “*algo mejor que la historia de las cosas que me sucedieron. Me gustaría escribir la historia de un alma, de ella sola, sin los sucesos en que tuvo que mezclarse, queriendo o no*”. Pero la historia de un alma es la historia de sus acaeceres, y esta pretensión de contarnos la historia de un alma, independientemente de su historia misma, que son sus circunstancias, no es más que el reflejo desesperado de la propia extrema soledad desligante de Eladio Linacero. El cual, en las páginas finales del libro, condensando la historia de esa alma y sus acaeceres, ofrece, con notable precisión, las consecuencias de su soledad de evasión, que convierte su vida casi en una cosa inanimada, devorada por el tiempo. “*Pero ahora siento que mi vida — escribe — no es más que el paso de fracciones de tiempo, una y otra, una y otra, como el ruido del reloj, el agua que corre, moneda que se cuenta. Estoy tirado y el tiempo pasa. Estoy frente a la cara peluda de Lázaro, sobre el patio de ladrillos, las gordas mujeres que lavan la pileta, los malevos que fuman con el pucho*

*en los labios. Yo estoy tirado y el tiempo se arrastra, indiferente, a mi derecha y a mi izquierda*”. Y, finalmente, no le queda ni siquiera el recurso de sus vacuas imaginaciones y su poder narcotizante: “*Esta es la noche. Voy a tirarme en la cama, enfriado, muerto de cansancio, buscando dormirme antes de que llegue la mañana, sin fuerzas para esperar el cuerpo húmedo de la muchacha en la vieja cabaña de troncos*”.

El análisis detenido de este pequeño libro de Onetti, aunque sería muy útil, es imposible efectuarlo aquí. Sería excesivamente largo, porque en “El pozo” se precisan notablemente, con una gran fuerza de síntesis expresiva, los rasgos esenciales del desarraigado. Sirva, pues, lo dicho, sólo para mostrar como en el desarraigado se da paradigmáticamente esa característica soledad desligante del rioplatense. Rasgo que, por otra parte, quizás sirva para distinguir al desarraigado rioplatense dentro del conjunto de este tipo humano no exclusivo del Río de la Plata. Ya que, si nos atenemos a la frecuencia con que hace su aparición en el escenario iluminado de tétricas luces de ciertas corrientes literarias contemporáneas, podríamos creer que él es un tipo característico de nuestra época.

\*  
\*  
\*

Es natural que no es el indicado el único “sentido” en que el rioplatense vive su soledad. También se da entre nosotros el tipo noble de soledad religante a que me referí antes. Nuestra literatura narrativa campesina nos da ejemplos de otros tipos de “soledades” que corresponden a otros tipos humanos. Es frecuente encontrar en ella a uno de esos personajes que aislados de los hombres por una circunstancia pasajera, o por razón de oficio, se ensimisman en su soledad y la gustan, la saborean y la van haciendo crecer interiormente hasta casi convertirla en una cosa concreta, tangible, carnosa y jugosa como un fruto. Es esa una soledad llena de vida y poblada de una riqueza interior en la que cabe el mundo entero. En esas vidas elementales, puras en su inocencia, la soledad es una dulce luz interior. La propia vida va resbalando lentamente y entretejiéndose con la vida callada de las cosas y los seres naturales. Y el alma va madurando en silenciosa reflexión. Allí la soledad se hace sabiduría y hay una verdadera sabiduría de la soledad. A este propósito, cualquier lector puede recordar algu-

nos personajes de Morosoli y da Rosa. Así, por ejemplo, el Andrada, del primero de los citados. Andrada *"iba visitar el monte como otros iban a visitar a un pariente o a un amigo"* Y en el monte se quedaba *"vaciado por las horas que hacían dar vuelta la sombra de los troncos, mientras la brisa rozadora de hojas, movía las copas unánimes y los ojos se le iban poniendo pesados de mirar contra el cielo el vuelo de los bichitos"*. Y así, *"volcando su atención en el oído"*, sentía *entre un tronco el sordo barrenar de un parásito"*. O el Macario Lago, del cuento de da Rosa que publicamos en este mismo número, para quien era *"un lujo para de cuando en cuando el ponerse a mirar aquel mar de soledad que le hacía olas hasta la misma puerta"*. Y que, buscando explicaciones, siente que esa *"soledad y silencios quietitos"* comunican algo que quizás pudiera ser *"medio parecido a lo que sintiera una hormiga perdida en medio de la tierra arada"*. Y esa soledad no adquiere las formas negativas del resentimiento, ni siquiera cuando se experimenta como un sentimiento doloroso, gravado de una especie de impotencia para religarse a la vida. Se torna, si acaso, en un sentimiento suave y tiernamente doloroso como el de aquel Vicente de "Todavía no", de Espínola, a quien esa soledad interior lo dejó *"inundado por una felicidad triste que le hamaca dulcemente el pensamiento"*. La soledad interior es así una fuerza suave que acaricia el alma y que hasta puede ser compartida sin desvirtuarse, como ocurre en aquellos dos viejos, Sinforoso y Candelario, del cuento de Javier de Viana "Puesta de Sol", los cuales *"como sus existencias habían bostezado juntas, pegada una a la otra, se conocían de la cruz a la cola, y no tenían nada que decirse"*, pero que *"todas las tardes, concluido el trabajo de aradores a que finalmente los habían destinado, se iban al galpón, avivaban el fuego, calentaban agua, verdeaban y charlaban"*. Charlaban y charlaban en una monótona comunicación de trivialidades, que permitía que ambas soledades, la de Sinforoso y la de Candelario, se arrimaran una a otra, suavemente, sin estorbarse. Y en esta especie de mansa destilación de su intimidad, que da compañía sin quitar soledad, van transcurriendo los últimos días de estas dos vidas paralelas, cuya única ejemplaridad deja entrever Viana que ha sido la tímida mensedumbre ante el propio destino.

Con lo dicho no afirmo, naturalmente, que esta sea la única forma de soledad que se da en el campo. Baste citar, como ejemplos con-

trarios, la dura soledad interior, hosca y agresiva, del don Zoilo de "Gaucha", del mismo Viana. Y la soledad, incubadora de extrañas neurastenias, de la Juana de la misma novela. Nadie puede sentirse tentado actualmente a construir filosofías idílicas en base a la vida campesina. Ni tampoco afirmo que esa forma de soledad pura y religante sea exclusividad de la vida del campo. Sería esto un falso, y fácil, bucolismo. Aunque es evidente que la conglomera- ción de la vida de ciudad, al revés de lo que ocurre con los dos viejos del cuento de Viana, quita soledad sin dar compañía. Mi intención ha sido sólo concluir esta nota señalando algunos ejemplos, entre nosotros, de soledad no desarraigada, y ellos pueden encontrarlos cualquier lector más fácilmente en nuestra literatura campesina que en la ciudadana. Aunque si se quiere un ejemplo, no sospechoso de bucolismo, de elaboración superior y noble del sentimiento rioplatense de la soledad interior; quizás pudiera citarse la obra de Jorge Luis Borges. No es casual que sus elaboradas metáforas literario-metafísicas tengan como centro una filosofía — el idealismo berkeleyano — que afirma el yo y cuestiona el mundo exterior. Desde ese centro metafísico — tan simbólicamente representativo del sentimiento de nuestra soledad — ha construido Borges, con su innegada maestría literaria y su también innegable inteligencia, una viva dialéctica afectiva, a mi juicio tan representativa, aunque de modo indirecto, de ciertas coordenadas del alma rioplatense como el vasto poema de José Hernández.